

## EL ESPECTADOR SEVILLANO

DEL SÁBADO 16 DE DICIEMBRE DE 1809.

*Extracto del correo de Inglaterra del 7 de Noviembre.*

## LA PAZ DEL AUSTRIA. LOS TIROLESES.

La paz se ha firmado entre el Austria y Bonaparte...El desgraciado Francisco II ha hecho demasiado para tener esperanza de que el tirano lo perdone. La paz que le ha concedido es una *dilacion* del suplicio: su furor le ha señalado otras víctimas. Los que teme, deben caer ántes que el que aborrece: nadie se librará sino los que desprecia. Baxo este título, el rey de Prusia puede esperar que conservará en el abismo de las humillaciones la caña que se le ha dexado en forma de cetro. Un solo momento tuvo la voluntad de sacudir el yugo. La Francia le debe sus espantosos sucesos en Alemania: tantos servicios disculpan un instante de energía y le harán obtener la salvaguardia del menosprecio. No así Francisco II, que obtendrá el peligroso honor de un odio implacable.

¿Qué guerras tan largas ha sostenido el emperador de Alemania desde la traicion de la Prusia en el tratado de Basilea! ¿A qué extremidades se ha visto siempre reducido para pedir la paz! Despues de sus desastres no ha omitido medio alguno para reunir sus recursos y asegurar la independenciam de la Alemania. Despues de ser vencido en Austerlitz, lo ha sido en Wagram. Dios dispone de los acontecimientos: pero Francisco II ha hecho todo lo que depende del hombre y del sobera-



no. (\*) Bonaparte lo ha injuriado tanto que jamás podrá perdonarlo. No ha podido aniquilar las memorias de tanta grandeza en el sucesor de tantos emperadores. Lo que fué y lo que es; lo que ha hecho y lo que sufre, son los indicantes terribles del destino de Francisco II, resultados del implacable odio del tirano. Este lo aborrece, no lo desprecia, por tanto, su sentencia está pronunciada. Envilecerlo, si puede, hacerle complice de sus crímenes y despues destruirlo, es el círculo en que lo encierra la política feroz y cruel de su detestable enemigo. Sino lo ha aniquilado ahora, es porque teme los grandes peligros de la *desesperacion de los pueblos*. Porque, si ha dexado de temer los reyes del continente, todavía teme las naciones. Debía pues quitarle á Francisco II el afecto de los pueblos: y para conseguirlo, le ha dado una paz vergonzosa y procura envilecerlo de todas maneras.

Los españoles y los tirolese han sido los verdaderos libertadores de Francisco II. Estos le han conseguido la dilacion de su ruina. Los primeros tienen la gloria de haber merecido todo el odio que es capaz de sentir y alimentar el alma del tirano. ¡Con que menosprecio se atrevió á disponer de esta gran nacion! ¡A quantos crímenes cometidos, á quantas maldades ocultas debía servir de recompensa! Todo parecia consumado; y la resistencia se manifestó donde solo se esperaba la sumision mas abatida.

Los reyes no lo espantan: la resistencia de los pueblos es la que le infunde terror. El sabe que por los pueblos debe perecer el azote de los pueblos y los reyes: lo sabe y este es el verdadero tormento de su existencia. Por tanto, en los consejos de aquel alma infer-

---

(\*) *Permítasenos dudar de esto. El Austria ha temido siempre á los primeros desastres de sus armas, y ha manifestado demasiado temor al hacer la paz.*

nal que no conoce mas señal de su vida que sus furores, ni mas resultado de sus sentimientos que el crimen, está decretada la ruina de la primer nacion que ha enseñado á la Europa lo que pueden las naciones. Abandonar una presa segura y correr á destrozár la España, á cubrir de sangre aquel suelo y sus soldados, contemplarlos moribundos é insultarlos en su agonía y respirar sus últimos suspiros y beber su sangre, es lo que ha decidido la paz del Austria.

Los tirolese, héroes de nuestra edad, han enseñado al tirano que no todos los alemanes eran cadáveres: ha temido el incendio del fuego sagrado que arde aun en el corazon de aquellos valientes: le precisa destruirlos ántes de pasear tranquilamente el hierro de los verdugos sobre los desgraciados reyes de Europa que ha condenado y que solo podian ser defendidos por los pueblos. Sin embargo, la España le enseñará que una nacion es invencible, quando no quiere ser subyugada. Las guerras de los reyes acaban por tratados: las guerras de los pueblos no acaban sino por la muerte.

Contra una nacion no se ha hecho nada, aunque se hayan ocupado su territorio, sus ciudades y sus arsenales: porque el fuego de la venganza aparece como el rayo en el momento del silencio y del estupor. No se pueden calcular los sucesos de una guerra semejante: los enemigos no son conocidos: el foco de la inquietud está en todos los corazones: la venganza sostiene y alimenta el odio. Los tiranos saben que en estas guerras no hay leyes conocidas. En efecto, no hay ley para un pueblo que quieren someter; y todo es permitido contra el aniquilador de todos los vínculos sociales.

El caracter español es el mas propio para esta especie de guerra que exige ostinacion, paciencia, reflexiones profundas, y un recuerdo siempre presente de la injuria, incapaz de ser debilitado por el tiempo ni los reveses, y que solo la muerte pueda extinguir. Respetamos tanto el caracter español, que aunque viesemos



las aguilas de Bonaparte dominando en toda España, estamos seguros de que el que reynase sobre aquel pueblo seria el más infeliz de los hombres. Quando la victoria lo coronara, quando creyera gozar en paz el fruto de tantos crímenes, entónces veria nuevos testimonios del fuego que arde en todos los corazones, y que acabaria por consumir al tirano y a sus satélites.

En este momento en que solo tenemos que elegir entre desgracias, no es la suerte de España la que mas nos hace temer: porque en fin, confiamos justamente en su posicion geográfica y en el número y caracter de sus habitantes. Entre todos los acontecimientos dolorosos que afligen y deshonran la Europa, ninguno es mas cruel ni mas odioso que la desgracia de los tirolese.

Este valiente pueblo, entregado primero como un rebaño a un rey a quien debía aborrecer en razon de su conducta despreciable: obligado a ser el vasallo del que, cómplice del tirano, consumó con él la ruina de su antiguo y amado soberano: excitado a sacudir el yugo por aquella voz, a la que por tantos siglos habian obedecido sus padres, se levanta en masa, se precipita sobre sus opresores. Recibiendo las mas crueles injurias, tiembla sus armas en la sangre misma de sus martires: y valiente, a prueba de la debilidad misma de su señor, defiende su causa, quando él no la defiende ya, y su poder, quando la ha abandonado. Bonaparte ha aprendido ya de lo que son capaces los tirolese, y jamas los perdonara. Y con todo, ¡la paz se ha hecho entre Francisco II y Bonaparte! y los tirolese, por premio de tanta fidelidad, son abandonados a los furorés del tirano, y reunidos quizá con otros pueblos baxo la cadena de alguno de sus esclavos!

*Se concluirá.*

**CON SUPERIOR PERMISO.**

**EN SEVILLA EN LA IMPRENTA DE HIDALGO.**